

La conciencia humana y divina a través de *Respuesta a Job* de Carl Gustav Jung

Según Jung, el relacionarse “frente a frente” con las fuerzas trascendentes, el enfrentarse con las manifestaciones de la divinidad ha permitido al hombre tomar conciencia de su ser y el de Dios. Estas manifestaciones afectan a la psique y se expresan en las visiones proféticas y apocalípticas de muchas autoridades sagradas, quienes nos presentan las transformaciones que, por paradójico que parezca, experimenta tanto el hombre con respecto a la divinidad como la divinidad con respecto al hombre. Hasta antes de Job,¹ la divinidad no había tomado conciencia de algo que ya preexistía en ella: la sabiduría. Este acontecimiento va a dar a la historia de la humanidad un nuevo camino que le permitirá salvar al hombre del poderío irracional de Dios, así como humanizar a la misma divinidad y también llevar a cabo la divinización del hombre, el proceso que en forma clara se manifestó con el nacimiento del cristianismo.

¹ Job, personaje del Antiguo Testamento cuya experiencia de sufrimiento y prueba, ocasionada por una “apuesta” entre Dios y Satán, es presentada en el libro del mismo nombre. Es considerado un hombre justo por la tradición judeocristiana, de ahí que se acentúe el carácter conflictivo que hay entre la justicia del hombre y la injusticia de Dios.

Con base en esta argumentación básica, Jung hace una interpretación de la naturaleza humana y de la naturaleza divina que las presenta en una interrelación dinámica a través de tiempo, expresada en el *inconsciente colectivo*. Esta misma interpretación, aunque parezca paradójica, polémica y, para ciertos lectores, blasfema, presenta elementos suficientes para ser tomada en cuenta y como motivo de reflexión. La lectura de *Respuesta a Job* (1952), una de las últimas obras escritas por Jung, exige tener conocimiento de los estudios sobre el inconsciente colectivo y la exploración de determinados arquetipos vinculados con fenómenos numínicos, término por el que entendemos la presencia de ciertas “realidades” que, según Rudolf Otto (1998), revelan a la naturaleza divina más allá de las presentaciones racionales realizadas por el hombre las que nos hacen sentir ínfimos y experimentar temor y reverencia ante ellas. También es necesario tener en cuenta los mecanismos de la psique humana de *compensación*, *transferencia*, *proyección*, *reconocimiento* y *asimilación* de las manifestaciones del inconsciente. Tanto éstos como los arquetipos constituyen, según Jung, la “verdad anímica”, que presenta otra realidad para el ser humano y en la que debe aprender a convivir de manera adecuada.

Entre el yo del hombre, centro de su esfera consciente, y los arquetipos, estratos más profundos de su inconsciente, se establece una relación conflictiva, que se manifiesta en un desequilibrio en la psique, sobre todo si el yo se ha centrado en adoptar determinados modos de actuación, actitudes ante la vida y los demás que se establecen de modo unilateral, así como en un estancamiento de vida, debido al mismo punto de vista unilateral que el hombre ha adoptado. Y esta relación produce una búsqueda de la autenticidad del ser humano, quien debe aprender a discernir entre los productos de su mundo exterior social que lo fijan a determinados papeles y los contenidos de su dimensión interna. Esta situación origina una tensión que, según Jung, da origen al proceso de individuación, fascinante y peligroso, pero a la vez necesario, porque le conduce a la manifestación más profunda de sí mismo.

Pero ¿para qué nos habla Jung de la relación entre hombre y Dios? ¿Por qué toca el tema de Job, símbolo del sufrimiento humano? ¿Por qué o para qué presenta a la divinidad como realidad existente en el universo que se relaciona con el hombre aún en nuestros días? Si bien es cierto que el pensamiento científico de Jung está fuertemente influido por Kant en cuanto a la imposibilidad de comprobar racionalmente la existencia de Dios, también es cierto que el psicólogo vivió el tránsito del siglo XIX al XX, experimentó el descalabro de la racionalidad moderna con los fenómenos históricos de la Primera Guerra Mundial y sus secuelas, las situaciones conflictivas de la Segunda Guerra Mundial y el mundo posterior. Contemporáneo de grandes pensadores críticos de su época (filósofos de la escuela de Frankfurt, Heidegger, Bergson y Buber entre otros), Jung se sintió profundamente impresionado por la crisis espiritual del mundo occidental y buscó darle respuesta. Y en ésta se nos presenta otra vez el asunto del descubrimiento de la naturaleza anímica, el redescubrimiento del alma humana.

Esta explicación retoma en cierto modo la hipótesis de la psique humana que se ha escindido por el desarrollo acelerado de la conciencia, separándose de las raíces inconscientes anímicas, a las cuales repre-

me. Tal escisión produciría una reacción del inconsciente, que como realidad energética no puede ser “desaparecida” sólo por ser ignorada. Esta reacción sería la manifestación de violentos estados neuróticos a nivel individual o la aparición del “hombre masa” en el nivel colectivo, lo que ya explica de cierto modo la problemática de nuestro tiempo. Pero la explicación que Jung nos presenta al hablarnos de Job no parece tener mucha relación con el plano psicológico, ya que nos habla de contenidos eminentemente “metafísicos”: tanto Dios como el hombre aparecen como personas que establecen una relación entre sí, la cual va a transformar a ambos de una manera insospechada. Se puede hablar ya de la existencia de esta dinámica por las expresiones que el alma humana ha manifestado a lo largo de la historia de la humanidad. Sobre todo en los fenómenos que son observables en el ambiente religioso occidental y judeocristiano en los cuales *Dios se manifiesta a través de las imágenes arquetípicas en la conciencia del hombre*.

Jung nos presenta una relación entre dos tipos de conciencia: la divina y la humana. Aunque la diferencia entre Dios y el hombre es abismal, encuentra en ellos algo en común: tienen la capacidad de descubrir ciertas facultades, contenidos y potencias de su propia esencia, en otras palabras, de *tomar conciencia de ellos*. Según la lectura del Antiguo Testamento, la persona de Dios (Yahvéh) presenta rasgos de una conciencia que, según la psicología, estaría muy poco desarrollada. Sería “amoral” en su conducta, que es irreflexiva, celosa e inconstante en lo que respecta a su compromiso para con la humanidad. Tal sería la impresión general que el hombre (tanto el protagonista del Antiguo Testamento como el de nuestros días que al leer tal obra, logra entrever esa imagen o, peor aún, llega a vivirla en carne propia) experimenta ante la presencia de otra entidad que es más grande de lo que puede prever, y *es más poderosa* que él.

Aunque se puede argumentar la imposibilidad de la razón de ofrecer una respuesta satisfactoria al problema de la existencia de Dios, es necesario tener en cuenta que existen situaciones donde la razón es impotente para conocer, pero el corazón grita seña-

lando el camino por donde buscar al ser superior. Se podrá cuestionar la existencia metafísica de Dios, pero no se puede negar la experiencia de Job, ya que cualquier hombre puede situarse en ella en cualquier momento de su vida. Lo más importante de esta circunstancia no es sólo el sufrimiento del hombre, a manos de ciertas acciones de la divinidad (cuyas acciones nos parecen arbitrarias, caprichosas y, según Jung, revelan la inseguridad divina y dan origen a la acción de Satán), sino las consecuencias de la misma: Job “quería razonar con Dios” a favor de su inocencia (Jung, 1964:15) mas *tuvo la visión de Él*, logró percibir más allá de lo que el medio ambiente circundante parecía mostrarle; era un creyente en la justicia de Dios, y su fe salió consolidada con la experiencia viva de la divinidad y le permitió vivir la *naturaleza contradictoria* de la divinidad.

Esta experiencia no sólo modificó su conciencia, sino también dejó una impronta profunda en el inconsciente colectivo de la humanidad entera: *conocer que la naturaleza divina es contradictoria, antinómica* le permitió a Job discernir el porqué Yahvéh actúa de manera amorala.

Las palabras de Job dejan ver claramente que, aunque duda que el hombre pueda tener razón contra Dios, le cuesta abandonar el pensamiento de enfrentarse a Dios en el plano de la justicia y, con ello, en el de la moral[...] no puede negar que se encuentra frente a un Dios al que no le importa el juicio moral, y que no reconoce ninguna ética que le obligue a él. En esto reside sin duda la grandeza de Job: en no dudar, ante esta dificultad, de la unidad de Dios, sino ver claramente que Dios se encuentra en contradicción consigo mismo [...] La bondad de Yavé (*sic*) se le presenta a Job con la misma certeza que su maldad [...] Yavé no está dividido, sino que es una *antinomía*, una total contradicción interna; este es el presupuesto necesario de su tremendo dinamismo, de su omnipotencia y de su omnisciencia [...] Yavé es también, frente a sí mismo, el abogado del hombre que tiene algo de qué quejarse. (Jung, 1964:16-17)

Yahvéh necesita de los hombres como ellos de él. Aunque desconfía de los hombres, establece una relación personal con ellos, tanto en el aspecto de *genus* como en el de *individuum*, lo que le motiva establecer alianzas con la humanidad, centrándose

en aquellas con el pueblo escogido. Pero a la vez exhibe una ira “desmesurada” sobre los hombres que no la cumplen. La presencia de estas alianzas establece una relación de tipo moral entre el hombre y el ser Divino, se exige del primero un actuar moral adecuado, el cual será bendecido por Dios. Pero cuando el hombre cometa una falta la ira de Yahvéh se hará manifiesta. Job es inocente: la Escritura nos lo presenta recto e intachable, no tiene en sí causa punible ante Dios. Pero el mismo Dios aparece como inseguro de lo que sabe ante Satán. Y es por inspiración de Satán que Dios prueba a Job más allá de lo imaginable, para confirmar si realmente hay motivo de infidelidad y culpa en Job. Y en un conflicto así, el hombre se ve obligado a recurrir al más alto grado de su razón para poder salir adelante del encuentro directo con la naturaleza antinómica de la divinidad.

Job se da cuenta (y con él el hombre) que Dios ha actuado de una manera bastante inconsciente, aunque a veces se lamenta de ello, aunque esto no impide que siga actuando de ese modo. Yahvéh no se había dado cuenta de que también en él se manifiesta un lado oscuro, representado ya en la figura de uno de los Ben-Eloim (hijos de Dios), es decir, Satán. Es Satán quien, como acusador, no sólo instiga al “mal”, sino que motiva dos tipos de actitudes, una en los hombres y otra en la misma divinidad. Satán permite al hombre que *adquiera conocimiento, conciencia y ciencia*,² a la vez que establece obstáculos a la acción de Dios o instiga actitudes en Dios para con el hombre, aprovechándose de su inconsciencia en cuanto a su plenitud divina, como en el caso de Job, quien finalmente llega a *conocer* a Dios, lo cual lo vuelve en cierto grado, según Jung, *superior* a Dios mismo, pese a su insignificancia natural en cuanto a este último, quien con el despliegue de su poder expresado en la creación logra amedrentar más al hombre sufriente, pero muestra también sus dudas interiores con respecto a su propia naturaleza y su independencia (otros dirán impunidad) ante los contratos que hace con el hombre. “Job se da cuenta de la interna antinomía de

2 Cf. El relato del génesis sobre la caída del hombre, los hijos de Dios y las hijas de los hombres, y el mito expresado en el libro de Enoch.

Dios; con ello la luz de su conocimiento alcanza una numinosidad divina" (Jung, 1964: 25). A la vez, la omnisciencia divina percibe este hecho en el hombre y actúa en consecuencia, relacionándolo en la conciencia divina mediante esta nueva situación que desconocía: Yahvéh toma conciencia de su naturaleza contradictoria, de su omnisciencia y de sus contenidos, así como de la necesidad de *asimilar tales elementos para lograr mayor plenitud*, para lo cual prepara un medio para lograrlo y también para reparar las injusticias que ha cometido por su actitud inconsciente, avanzar en la identificación de su lado oscuro: *la Encarnación de Dios en el hombre y su renovación en las bodas celestiales* (Jung, 1964: 48).

Esto también origina el que se comience a manifestar la imagen de la compañera divina de Dios, la Sabiduría, con la que se relacionará como su esposa divina por medio de una relación matrimonial para lograr la plenitud igualmente divina, que ya no se exige al pueblo elegido. Ese descubrimiento se identificará también en el proceso de la encarnación del Hijo de Dios como hombre, comenzando con las visiones de los profetas, en especial Ezequiel, en quien aparece por primera vez la mención del término "hijo del hombre", a la que Jung añade la visión de Enoch. Mas el proceso se va a presentar de manera clara con el cuidado que se tiene para el nacimiento de Dios entre los hombres, como lo muestra la virginidad de María. Dios se hace hombre en la figura de Jesucristo. Él nos presenta a los mortales el evangelio de la misericordia y el amor de un Padre Celestial que busca superar su lado oscuro, su situación de inconsciencia y aparecer ahora como justo, así como de manera *plena*.

Cristo es la representación plena del afán de encarnación de la divinidad, así como el ejemplo de la personalidad en la cual el mito eterno se hace presente en el mundo creado.

El mito acontece en el hombre y los hombres tienen destinos míticos [...] el carácter mítico de una vida expresa precisamente su validez general humana [...] La vida de Cristo es [...] un símbolo de la unión de naturalezas heterogéneas [...] La intensión de Yavé de hacerse hombre, que surgió del choque con Job, se realiza en la vida y en la pasión de Cristo. (Jung, 1964:62)

Pero además el Hombre-Dios se ve envuelto en la

terrible experiencia del sufrimiento humano, y tal parece que también a manos del mismo Padre: "Dios mío, Dios mío... ¿por qué me has abandonado?". Para Jung, estas palabras constituyen "la respuesta" que Dios da al hombre sufriente (la respuesta a Job). Dios hecho hombre "tiene la vivencia del hombre mortal y experimenta aquello mismo que él hizo sufrir a su fiel siervo Job" (Jung, 1964: 61). Y con ello se va desarrollando el proceso de Encarnación, aunque después Jung explica cómo ve esta encarnación divina en los hombres: ¡a través de las situaciones conflictivas que el evangelio y la moral cristianos originan en los seres humanos a lo largo de su vida! Esto implica que tengamos que aprender a "trabajar con nuestros denarios" y a exigir el conocimiento de nosotros mismos (Jung, 1964: 71-73).

No obstante el mensaje de amor y redención de la divinidad, la respuesta a Job no parece expresar que vaya a cambiar definitivamente la naturaleza de Dios, sino que Yahvéh sólo se ha identificado más con su aspecto luminoso, relegando u olvidando su naturaleza oscura. Aquí es donde Jung analiza los momentos en que Jesús aparece con violencia o establece las plegarias del Padre Nuestro, que en latín y griego tienen que ver con la divinidad (*...et ne nos inducas in tentationem, sed libera nos a malo*). Lo que nos indicaría que recordemos al Padre del cielo continuamente su justicia y amor, así como que no nos incite directamente al mal y que nos libre de él (Jung, 1964: 64). Las iglesias cristianas sostienen que el sacrificio de Jesucristo restablece el contacto y la salvación de la criatura humana con Dios, permitiéndole superar la caída de los primeros tiempos. Jung agrega una nueva visión: Cristo restablece el contacto entre la humanidad, que por su desarrollo racional tiende a rechazar las contradicciones tanto en la naturaleza como en la divinidad y la realidad de Dios, y nos enseña que esta realidad "puede ser amada y debe ser temida" presentando el llamado *evangelio eterno* (Jung, 1964:101-103). Esta afirmación aparece reforzada con el estudio de las imágenes del Apocalipsis de San Juan, en las cuales se manifiesta el lado oscuro –violento– de Dios y de Cristo, quienes aparecen de la manera más opuesta a como un

cristiano, catequizado en el evangelio de amor, podría esperar. La antinomia de la existencia cósmica se resuelve por medio de la completa separación de los contrarios, aunque no su aniquilación (Satán no desaparece, sino que es arrojado por toda la eternidad en el lago de fuego y azufre). Jung concluye: San Juan, así como Job, tuvo la gracia o la revelación de ver a la divinidad en su inconmensurabilidad y su aspecto terrorífico, así como la encarnación divina y la divinización del hombre.

No obstante, pese a las impresionantes escenas que son presentadas en el Apocalipsis y de la violencia que conllevan para el espíritu que las observa, Jung llama la atención sobre la visión del niño y la mujer vestida de Sol. Aquí se presenta otra de las ideas más importantes que sobre el problema del hombre puedan pensarse tras leer esta obra: la posibilidad de que Dios nazca o se encarne en cada uno de nosotros ya no una sola vez, como en el caso de Cristo, sino en toda la humanidad. La doctrina del Espíritu Santo que habita en los hombres confirmaría esta argumentación (Jung, 1964:109-117).

Sin embargo, así como se encarna Dios en cada hombre, se encarnan su dos polaridades: el lado luminoso y el lado oscuro. Aunque no podemos expresar el problema de modo claro, debido a las situaciones posibles de encarnación del Dios oscuro, ya sea éste Satán o Satán como expresión de la otra cara de Yahvéh, tanto en una como en otra, la situación del ser humano sigue siendo crítica, pues cada uno de nosotros puede permitir que el Dios luminoso o el Dios obscuro sea el que se encarne en él. Ante esto el hombre contemporáneo se plantea una decisión:

El problema es el problema del hombre. El hombre tiene en sus manos una terrible fuerza de destrucción; el problema consiste en saber si podrá resistir al deseo de usarla, en si podrá refrenar este deseo con el espíritu del amor y de la sabiduría. Es casi imposible que el hombre logre esto con sus solas fuerzas. Por ello necesita de un Abogado en el cielo, es decir, el niño arrebatado para Dios, el cual lleva a cabo la "curación" y la integración del hombre, que hasta ahora estaba fragmentado. (Jung, 1964:119)

El hombre contemporáneo está inmerso en el proceso de encarnación de Dios y, a la vez, ha logrado

desarrollar la ciencia y la técnica de un modo monstruoso, lo que le permitiría desencadenar el Apocalipsis en la tierra. Participa ahora de la tensión de la naturaleza y de la tensión de la divinidad: ¿puede la conciencia humana conocer tal situación y seguir los caminos adecuados para poder resolver la antinomia divina? La única respuesta posible se da en el conocimiento de nuestra propia esencia, ya que la inconsciencia en nuestro actuar y pensar nos hace inermes a las tendencias oscuras de la naturaleza tanto humana como divina. Considerado así, el hombre debe decidir en ciertos momentos situaciones que afectarán no sólo su vida personal, sino también la de la sociedad (ie incluso a la divinidad!). La ignorancia de nuestras almas no nos librará de caer al infierno, ya que en el hombre se resolverá la antinomia de la divinidad, pero para esto necesita "conocer la naturaleza de Dios y las cosas que estudia la Metafísica, para entenderse a sí mismo y de esta manera conocer a Dios" (Jung, 1964:121).

Jung presenta las razones por las cuales considera que la proclamación del *dogma de la Asunción de María* viene a confirmar en cierto modo sus reflexiones sobre este tema. La asunción de María expresa la realización de la visión simbólica de San Juan, prefigurando las bodas sagradas de Dios y la Sabiduría, y está manifiesta también en la visión de las bodas del Cordero, y asimismo en el ansia de igualdad de las mujeres, basada en el impulso o tendencia de que se plantee adecuadamente lo femenino en la vida, tanto de Dios como del hombre. Elemento indispensable en el proceso de individuación, las bodas divinas prefiguradas a través del dogma de la asunción nos anticipan y muestran el *nacimiento del niño divino*, que nos plantearía la nueva etapa de la encarnación de la divinidad. Jung dice que este proceso es conocido en la psicología como *proceso de individuación*. Y aquí las investigaciones de la psicología analítica y de los arquetipos mostrarían la existencia de esa "realidad eterna" o de siglos que está presente en el interior de cada hombre y le mueve a buscar su más profunda naturaleza y su relación con la divinidad.

Ya sea por la aportación de Jung con respecto a la naturaleza humana, ya sea por las revelaciones que

hace sobre las manifestaciones de la divinidad, ya sea por la búsqueda de una respuesta ante la realidad del sufrimiento y la maldad en el mundo contemporáneo o porque en nuestros días de avance científico, posmodernidad y globalización, es curioso y hasta sorprendente el planteamiento de una obra como ésta, que apareció en los años cincuenta, la cual no solamente habla de Dios, sino que lo sigue haciendo presente en el mundo y en el hombre. Si bien la conclusión que Jung presenta al final de la obra se enfoca más a la psicología del hombre, no tiene por qué haber contradicción entre las afirmaciones religiosas y las afirmaciones psicológicas. Jung habla de realidades anímicas expresadas en símbolos religiosos. Como buscó mostrarlo en *Psicología y religión*, tales manifestaciones tienen una importancia decisiva para la madurez psíquica del alma humana, que se presenta como un camino que muchos no quieren seguir o siquiera conocer por ignorancia, temor o comodidad, y se exponen a que su inconsciente controle sus vidas o a que la conciencia se vea poseída por algún contenido arcaico que no puede controlar. Ante cualquier contenido inconsciente que presente grandeza al hombre, éste se encuentra en peligro de "hincharse" psíquicamente o creerse semidios (y más si se acepta sin reflexionar la idea expresada arriba sobre la encarnación).

La realidad descrita aquí ofrece una situación siempre paradójica, como lo es toda situación donde se presentan los arquetipos. Se puede tener a Dios dentro de uno mismo, pero también tener una naturaleza mortal y humana, que sigue limitada frente a aquel que contiene a Dios, "que en él habita" (Jung, 1964: 132). Esta situación no podríamos entenderla si no consideramos que implica un *nuevo tipo de conciencia ante el mundo*, no encerrada en un estado estático sino siempre en crecimiento, pese a su finitud. Esta conciencia se desenvolverá en un ambiente entre aparentes paradojas, las cuales tienen solución a través de los símbolos originados en el inconsciente, ya sea como interpretación de imágenes cuyo origen está en el inconsciente, o como reflexión acerca de los desarrollos de la naturaleza divina y su relación con el ser humano. Esta obra aparece como un buen principio de reflexión sobre nuestro actuar y nuestro ser. Acaso

en esta manifestación del espíritu se dan los elementos y caminos necesarios para el conocimiento de nosotros mismos, así como el contacto con aquellas realidades que constituyen la base de la vivencia religiosa y señalan nuevas visiones posibles sobre la vida. Todo eso constituye una búsqueda y una necesidad personal, que exigen de nosotros utilizar cada vez más nuestra responsabilidad, libertad y capacidad de reflexión para transformarnos. ¿Cuáles son las metas posibles? Jung nos ha mostrado psicológicamente los objetivos psíquicos de este proceso en general, y nosotros añadimos que los cambios psíquicos no pueden separarse ni desligarse de los demás cambios de la naturaleza humana, aunque un cambio de la conciencia implica un cambio en la forma de ver nuestra existencia. Asumir nuestra naturaleza oscura (que siempre está presente) consiste en aceptarla de cierto modo y aprender a dialogar con ella, tanto como con el resto de los contenidos del inconsciente, que son autónomos de nuestra conciencia. Todo esto se relaciona con la esfera personal de la vida y exige lo que nosotros hemos denominado la *madurez del alma*, que se vuelve requisito indispensable para el desarrollo humano, pues propicia la salud mental. Sobre todo, es consecuencia tanto de la *búsqueda de sentido* de nuestra vida, como del indicio de *nuestro proceso de individuación*. Aquí es necesario recalcar el aspecto individual, único e irrepetible, de cada vida humana, así como la propia responsabilidad. Aunque cada vida puede recorrer el camino de los arquetipos, lo hace de manera única y personal. De este modo también se realiza la individualidad. Y si le hacemos caso a Jung, la individuación nos lleva a conocer a Dios. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Jung, Carl Gustav (1964), *Respuesta a Job*, México, FCE.
 — (1967), *Psicología y religión*, Buenos Aires, Paidós.
 — (1981), *Simbología del espíritu*, México, FCE.
 — (1993), *Las relaciones entre el Yo y el Inconsciente*, Barcelona, Paidós.
 — (1997), *Aión, Contribución a los simbolismos del sí-mismo*, Barcelona, Paidós.
 — (1997), *Arquetipos e inconsciente colectivo*, Barcelona, Paidós.
 Jung, Carl Gustav et al. (1997), *El hombre y sus símbolos*, Barcelona, Paidós.
 Otto, Rudolf (1998), *Lo santo*, Madrid, Alianza.